

Arde el cielo

Harlan Ellison

Caían llameantes de un cielo ciego, y en los primeros días murieron diez mil de ellos. Los gritos resonaron en nuestras cabezas y las mujeres corrieron hacia las colinas para no oírlos. Pero no había ninguna escapatoria posible... ni para ellas ni para ninguno de nosotros. La muerte ardía en el cielo, y lo más terrible, lo más increíble de todo era que aquella muerte, o mejor dicho aquella cosa que moría, no éramos nosotros.

Comenzó al caer la noche. El primero apareció como una estrella fugaz surgiendo de la oscuridad. Apenas se había desvanecido en las tinieblas cuando surgió otro, y luego otro más, y muy pronto el cielo se convirtió en un brillante cofre resplandeciente con el fuego de desconocidos diamantes.

Desde el techo del observatorio podía verlos, a todos ellos, minúsculos puntitos brillantes, una lluvia de fuego cayendo en cascada. Y de pronto, sin que nadie me hubiera dicho nada, supe que estaba ocurriendo algo importante. No importante en el sentido en que lo es una guerra... pero tan importante como lo fue la creación del universo y como lo podría ser su muerte. Y supe que aquello estaba ocurriendo en toda la Tierra.

No cabía la menor duda. Tan lejos como alcanzaba la vista el horizonte llameaba y relampagueaba sin descanso. El cielo no se veía más claro por ello, sino que parecía como si una mano desconocida hubiera esparcido un millón de nuevas estrellas que brillaban tan solo durante una millonésima de segundo.

Mientras contemplaba aquel espectáculo, Portales me llamó desde abajo.

—¡Frank! ¡Baje, Frank! ¡Es algo fantástico!

Me dirigí al domo del telescopio y lo encontré inclinado sobre el ocular. Golpeaba rítmicamente el cuadrante de corrección Vernier. Era un golpeteo tan inútil como extraño. Un golpeteo que no tenía el menor significado.

—Mire esto, Frank. Échele una ojeada—su voz reflejaba una creciente incredulidad.

Lo aparté con el codo y me senté en el sillín. El telescopio apuntaba a Marte. El cielo de Marte también ardía. Los mismos puntos luminosos, los mismos trazos de intenso fuego cayendo en espirales. Pasamos toda la noche estudiando el planeta rojo, ya que aquella parte del cielo estaba clara. Podía ver el espectáculo con mucha precisión, los llameantes trazos, luego de nuevo la oscuridad, cubriendo todo el planeta.

—Llama a Bikel en Wilson—le dije a Portales—. Pregúntale qué está ocurriendo con Venus.

Oí a Portales marcar el número detrás de mí, y luego escuché distraídamente su conversación con Aaron Bikel, del monte Wilson. Podía ver los reflejos vacilantes de la pantalla vídeo del teléfono, pero no me giré para contemplar el rostro de nuestro colega. Sabía ya cual iba a ser la respuesta.

Portales cortó la comunicación, y los colores se desvanecieron.

—Lo mismo—dijo bruscamente, como si me desafiara a hallar una respuesta mejor.

No me molesté en contestarle. Hacía tres años él había hecho todo lo posible por obtener mi puesto de director del observatorio sin conseguirlo, de modo que ya me había habituado a su hostilidad. De tanto en tanto tenía incluso que darle un toque de atención para situarlo en su lugar...

Permanecí un instante más observando el cielo, y luego abandoné la cúpula.

Fui abajo y conecté la radio de onda corta. Intenté captar lo que decían al respecto Tokio, Heidelberg o Johannesburgo. Durante el tiempo que moví el dial arriba y abajo no conseguí hallar la menor información acerca del fenómeno. Y sin embargo, estaba seguro de que todo el mundo debía estarlo observando.

Regresé a la cúpula para cambiar las coordenadas del telescopio.

Tras discutir con Portales, dirigí el telescopio hacia abajo hasta que captó exactamente la capa atmosférica. Puse en marcha el mecanismo de desplazamiento horizontal e intenté obtener una vista panorámica del cielo. Sin embargo, no conseguí captar más que los destellos de luz en el momento de su explosión. Conecté entonces el mecanismo fotográfico y le di el ángulo máximo. Inmovilicé el telescopio y comencé a tomar fotos. Me dije que la frecuencia de los resplandores luminosos conduciría fatalmente a algunos de ellos hasta el campo de visión del aparato.

Luego bajé de nuevo junto a la radio. Me pasé dos horas tanteando y finalmente conseguí captar un boletín informativo suizo. Por supuesto, tenía yo razón.

Portales me telefoneó al cabo de dos horas. Había impresionado ya toda una película y pensaba revelarla. Era algo demasiado importante como para que se lo dejara a sus fantasías de adolescente y corriera el peligro de que me estropeará una foto buena, así que le dije que no las tocara, que ya me ocuparía yo personalmente.

Una vez reveladas, tuve que rebuscar entre treinta o cuarenta cielos vacíos antes de encontrar diez que contenían lo que estaba buscando.

No se trataba de meteoritos.

Al contrario.

Cada uno de aquellos destellos en el cielo era una criatura. Una criatura viva. Pero no humana. En absoluto.

Las fotos revelaban a qué se parecían, pero hasta que la nave draga no consiguió arrancarle al cielo una de aquellas criaturas no nos dimos cuentas de lo grandes que eran, de que brillaban interiormente con un resplandor rojizo, y de que se comunicaban telepáticamente.

Por lo que pude saber, su captura no representó ningún problema. La nave abrió su escotilla y puso en marcha el mecanismo de succión empleado para dragar los restos espaciales a la deriva. Sin embargo, la criatura hubiera podido evitar el ser capturada simplemente colocando una de sus manos provistas de siete garras a cada lado de la escotilla y resistir a la succión. Pero, como pudimos saber más tarde, deseaba ser capturada. Tenía cinco mil años de edad. Sus semejantes ignoraban que nosotros estuviéramos tan evolucionados, pero ella debió darse cuenta...

Cuando me llamaron, junto con otros quinientos hombres de ciencia (Portales se las arregló para obtener una plaza en el grupo), acudí al Instituto Smithsonian, donde había sido instalada la criatura. Al verla nos sentimos fascinados... maravillados.

El o ella, nunca llegamos a saberlo, se parecía al dios egipcio Ra. Tenía cabeza de halcón, o al menos se le parecía. Sus enormes ojos estaban moteados de negro, púrpura y ámbar. Su cuerpo era tan delgado que parecía demacrado. Sin embargo, era un humanoide, con dos brazos y dos piernas. Su cuerpo poseía pliegues y articulaciones que jamás podrían ser hallados en un cuerpo humano. Pero tenía una caja torácica claramente distinguible, y sus nalgas, sus rodillas, su mentón, eran elementos bien visibles de su anatomía. La criatura era de color pálido lechoso, con una cresta de un color azul brillante que iba palideciendo progresivamente hasta llegar al blanco. Su pico era de color azul claro, fundiéndose en su borde con el pálido de su carne. Cada pie tenía siete dedos, cada mano siete garras.

El dios Ra. El dios del sol. El dios de la luz.

La criatura brillaba interiormente con una luz nacarada débil pero distinguible, que lo rodeaba como un halo. Lo miramos en su jaula de vidrio. No tenía nada que decir. La primera criatura de otro mundo... Probablemente viajaríamos al espacio dentro de algunos años, más lejos que la Luna, que habíamos alcanzado en 1970, o que Marte, cuya primera circumnavegación se produciría en 1976, pero por lo que sabíamos el universo era vasto e infinito. Y allá lejos, en lo profundo, descubriríamos criaturas increíbles que desafiarían a toda imaginación.

Pero esta era la primera.

La miramos. El ser medía diez metros de altura.

Portales le murmuró algo a Karl Leus, de Caltech. La forma que tenía de no renunciar jamás me hizo gruñir despectivamente. Había que reconocer que era un especialista en intrigas. Un auténtico arribista. Leus hizo una inclinación de cabeza. Evidentemente lo que tenía que decirle Portales no le interesaba en absoluto, pero había recibido el premio Nobel en 1963 y tenía que mostrarse educado, incluso con un arribista tan antipático como mi asistente.

Un militar—su nombre importa poco—estaba en el estrado, junto a la enorme jaula de vidrio donde se hallaba la criatura mirándonos a todos sin hacer el menor movimiento.

Se habían introducido todo tipo de alimentos en la jaula por una trampilla, pero la criatura no había tocado ninguno. Permanecía mirándonos a todos, silenciosa aunque no disgustada, inmóvil pero atenta a todo.

—Señores, su atención, por favor—dijo el militar, con una voz cantarina.

Se tardó largo tiempo en conseguir el silencio entre el grupo de hombres y mujeres reunidos ante la jaula. Aquello probaba suficientemente el desprecio que sentíamos hacia él y sus medidas de seguridad, que nos habían causado tantos problemas cuando entramos a la reunión.

—Les hemos llamado aquí—una muestra de pedantería aquel *les*, como si él solo encarnara a todo el gobierno—a fin de intentar desvelar el misterio que se cierne en torno a este ser y para procurar saber qué ha venido a buscar a la Tierra. Presentimos en esta criatura un terrible peligro para...

Siguió hablando, machacando una impresionante cohorte de advertencias para ponernos en guardia contra todas las naciones del mundo. No parecía darse cuenta de que nos estábamos burlando de él, y que ardíamos en impaciencia por echarlo de aquel estrado. Aquella criatura no representaba ninguna amenaza. Si no la hubiéramos capturado, él, ella, ello, aquella cosa, aquel ser, se hubiera visto reducido a cenizas como todos sus compañeros, consumiéndose en nuestra atmósfera.

Sin embargo, le escuchamos hasta el final. Luego nos acercamos y miramos fijamente a la criatura. Ella abrió el pico y esbozó lo que podría ser interpretado como una extraña sonrisa. Me estremecí. Me estremecí como me estremezco cuando escucho una música profundamente emotiva o cuando hago el amor. Todas las fibras de mi cuerpo se agitaron con un temblor primitivo. No puedo explicarlo, pero aquello era el prelude de algo. Mis pensamientos se detuvieron. Mi existencia quedó en suspenso... si es que el *cogito ergo sum* es una prueba innegable de existencia. Dejé de pensar y me permití respirar aquella esencia alienígena, saborear el aroma del espacio, los universos inaccesibles y un mundo en particular.

Un mundo donde los vientos son tan fuertes que los habitantes tienen los pies provistos de ganchos para clavarlos en la verde y firme tierra y asegurar su andadura. Un mundo donde, en esta estación, el follaje estalla en una orgía de colores, y en la siguiente un color blanco lechoso lo recubre todo. Un mundo donde las lunas triples surcan un cielo azabache, acompañadas en su viaje por el canto de los océanos y de los desiertos desplegándose sobre las invisibles cuerdas de un laúd. Un mundo maravilloso, más viejo que el hombre y que la memoria del Eterno.

Cuando mi mente volvió a funcionar, me di cuenta de que estaba escuchando a la criatura. *Ithk*: ese era su nombre, su denominación, su género, o cualquier otra cosa que la identificara. Era una entre los cientos de miles de criaturas semejantes a ella que estaban llegando al sistema solar.

¿Llegando? No, aquella no era quizá la palabra exacta. Habían venido...

No, no con cohetes, no con nada tan burdo como eso. Ningún vehículo espacial, ni siquiera el poder de la mente. Simplemente habían saltado de su mundo (¿cómo expresarlo?; era una palabra que ningún idioma humano podía formular y que ninguna mente humana era capaz de concebir) a este en unos pocos segundos. No instantáneamente, ya que eso hubiera supuesto algún mecanismo o una dilatación del poder cerebral. Era algo que estaba más allá y más por encima de todo esto. Era la esencia misma del viaje. Pero habían venido. Habían atravesado las megagalaxias recorrido centenares, miles de años luz... la infinita distancia que separa su mundo del nuestro. E *Ithk* era uno de ellos.

Entonces empezó a hablarnos a algunos de nosotros.

No a todos los que estábamos reunidos allí, ya que era visible que algunos no le oían. No lo atribuyo a la bondad o a la maldad que albergaban algunos de nosotros, ni a la inteligencia, ni siquiera a la sensibilidad. Quizá todo ello no fuera más que un capricho por parte de *Ithk*, o quizá aquella forma de actuar le era dictada por la seguridad. Podía darme cuenta de que Portales no oía nada, mientras que el rostro del viejo Karl Leus estaba transfigurado por el éxtasis. Comprendí que él también estaba recibiendo el mensaje.

Ya que la criatura se comunicaba con nosotros telepáticamente. No me sorprendió, ni me turbó, ni siquiera me impresionó. Me pareció normal. Era algo que concordaba con la actitud y la mirada de Ithk, algo acorde con su aureola y con su llegada.

Nos habló.

Y cuando hubo terminado, algunos de nosotros subieron al estrado y abrieron los cierres que precintaban la jaula de cristal. Todos sabíamos que Ithk podía haberla abandonado en cualquier momento si hubiera querido. Pero Ithk quería saber, antes de consumirse como lo habían hecho sus compañeros, y se había informado acerca de nosotros, de este humilde pueblo de la Tierra.

Y había satisfecho su curiosidad durante aquel corto instante en que había hecho una pausa antes de precipitarse a su último holocausto. Era curioso... Puesto que la última vez que su pueblo había venido aquí, la Tierra no estaba poblada de criaturas que hubieran salido al espacio. Ni siquiera a una distancia tan ridículamente corta como la que habíamos ensayado nosotros.

Pero ahora su pausa había terminado, e Ithk debía realizar aún un corto trayecto. Había recorrido un camino incomparablemente largo con una finalidad muy precisa y, aunque todo aquello le había interesado momentáneamente, estaba ansioso por reunirse con sus compañeros.

Así que abrimos la jaula, que en ningún momento había encerrado realmente a una criatura que podía haber salido de ella cuando lo hubiera deseado, e Ithk ya no estuvo allí. Se había ido.

El cielo seguía ardiendo.

Una pequeña estrella suplementaria nació de pronto, trazó un rastro a toda velocidad en la atmósfera, y se consumió como una antorcha apagándose. Ithk se había ido.

Nosotros también nos fuimos.

Aquella noche, Karl Leus saltó desde el piso treinta y dos de un edificio de Washington. Otros nueve científicos murieron de la misma forma. Y aunque yo no me decidí a hacer lo mismo, la muerte estaba en mí. Me sentía invadido por una mezcla de futilidad y desesperación. Regresé al observatorio e intenté apartar de mi mente y de mi alma el recuerdo de lo que Ithk había dicho. Si hubiera sido tan receptivo como Leus o cualquiera de los otros nueve, hubiera podido desaparecer inmediatamente. Pero no era como ellos. Ellos comprendieron la enorme profundidad de lo que había dicho y se quitaron la vida. Puedo comprenderles.

Desde que supo la noticia, Portales acudió a verme.

—Se han... se han suicidado—balbuceó.

—Sí. Se han suicidado—respondí, cansado, mirando desde el observatorio al incandescente cielo. De nuevo era de noche. Una noche perpetuamente iluminada.

—¿Pero por qué? ¿Por qué lo han hecho?

Hablé para escuchar mis pensamientos, puesto que sabía lo que estaba ocurriendo.

—A causa de lo que ha dicho la criatura.

—¿Qué ha dicho?

—A causa de lo que nos ha dicho y de lo que no nos ha dicho.

—¿Ha hablado?

—A algunos de nosotros. A Leus, a los otros nueve, y a algunos otros también. A mí entre ellos.

—¿Pero por qué yo no la he oído? ¡Yo también estaba allí!

Me alcé de hombros. El no la había oído, eso era todo.

—¿Qué es lo que ha dicho? Cuéntemelo—pidió.

Me giré hacia él y lo miré. ¿Representaría algo para él? No, no lo creía. Y era mejor que lo supiera. Para él y para todos los de su raza. Ya que sin ellos el hombre dejaría de existir.

Se lo conté.

—Los lemmings —dije—. Conoces a los lemmings. Sin razón aparente, a causa de un profundo sentimiento instintivo, se siguen los unos a los otros y se arrojan periódicamente desde lo alto de los acantilados. Se siguen los unos a los otros hasta la destrucción final. Es una característica de su raza. Lo mismo ocurre con la criatura y su pueblo. Atraviesan las megagalaxias para matarse aquí. Para suicidarse colectivamente en nuestro sistema solar. Para consumirse en la atmósfera de Marte, de Mercurio, de Venus y de la Tierra, para morir. Eso es todo. Tan solo para morir.

Su rostro reflejaba el asombro. Podía darme cuenta de que me comprendía. ¿Y? No era eso lo que había empujado a Leus y a los otros nueve a suicidarse. No era eso lo que me llenaba de aquel sentimiento de frustración. El destino de una raza no es el destino de otra.

—Pero... yo... no comprendo...

Le interrumpí.

—Eso es lo que ha dicho Ithk.

Me gire y miré hacia lo alto. El cielo seguía ardiendo. Apreté fuertemente el frasco de somnífero en mi bolsillo. Había tanta luz allí arriba...

—¿Pero por qué vienen a morir aquí?—preguntó con voz alterada—. ¿Por qué aquí y no en otro sistema solar o en otra galaxia?

Aquello era lo que le habíamos preguntado a Ithk. Aquello era lo que le habían insuflado nuestras maravilladas mentes... y tanto peor para nosotros y nuestra sucia manía de hacer preguntas. Porque, a su sencilla manera, Ithk había respondido.

—Porque —dije lentamente, con suavidad— este es el extremo del Universo.

El rostro de Portales ya no irradiaba comprensión. Vi que aquel era un concepto que no podía aprehender. Que el sistema solar, el sistema de la Tierra, la frontera de la Tierra para ser más exactos, fuera el extremo del Universo, era algo que no podía comprender. Como el mundo plano sobre el cual había navegado Colón en busca del vacío. Era el final de todo. Allá detrás, en la otra dirección, existía un universo conocido. El pueblo de Ithk lo gobernaba: era su universo, y seguiría siendo el suyo para siempre. Ya que la memoria de su raza estaba grabada al fuego en cada embrión que engendraba, a fin de que nunca se produjera

ningún estancamiento... Ya que, tras cada raza de lemmings, nacería una nueva generación, que viviría miles de años y se desarrollaría... y seguiría viviendo hasta que todos sus miembros acudieran a consumirse aquí, a nuestra atmósfera... y reinarían sobre todo lo que poseían mientras lo poseyeran.

Así que no le quedaba nada al terrestre vagabundo, al terrestre siempre inquisitivo. No le quedaba nada al terrestre cuya vida permanece encadenada al deseo de conocer y a la curiosidad nunca satisfecha. Nada más que cenizas. El polvo de nuestro propio sistema. Y después de eso, nada.

Habíamos llegado a un callejón sin salida. No habría vagabundeos entre las estrellas. No porque no pudiéramos ir hasta ellas algún día... podríamos hacerlo. Pero seríamos tan solo tolerados, nunca aceptados. Ya que aquel era su universo, y ésta, nuestra Tierra, sería un callejón sin salida.

Ithk no sabía lo que estaba haciendo cuando nos lo reveló. No lo hizo por maldad, pero haciéndolo había condenado a algunos de nosotros. A todos aquellos capaces de soñar. A todos aquellos que deseaban algo más de lo que Portales deseaba.